

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

## **Conflictos con las noticias de ayer. Visiones y debates sobre los 70 en Argentina (1983 - 2000).**

Brienza, Lucía (UNR / CONICET).

Cita:

Brienza, Lucía (UNR / CONICET). (2007). *Conflictos con las noticias de ayer. Visiones y debates sobre los 70 en Argentina (1983 - 2000)*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/185>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **XI Jornadas interesuelas/Departamentos de Historia**

**Universidad Nacional de Tucumán**

**19 al 22 de septiembre de 2007**

**Título:** Conflictos con las noticias de ayer. Visiones y debates sobre los 70 en Argentina (1983 – 2000)

**Mesa 25:** Los usos del pasado en la Argentina: producción historiográfica y debates colectivos acerca de la historia nacional (siglos XIX y XX)

**Autor:** Lucía Brienza, UNR, becaria doctoral CONICET

**Dirección:** Paraguay 1642 – Rosario

**Teléfono:** (0341) 4250967

**E mail:** [lubrienza@hotmail.com](mailto:lubrienza@hotmail.com)

### **:: Breve introducción**

Desde el advenimiento de la democracia en 1983 hasta nuestros días, muchos han sido los modos en los que nuestra sociedad se ha relacionado con su pasado reciente.

Las variaciones en relación a este tópico han respondido a objetivos disímiles al igual que a intereses, temáticas y preocupaciones diversas que fueron tornándose relevantes con el paso del tiempo.

Los efectos de esta sucesión de temáticas y preocupaciones han ido configurando un campo de sentidos variables que inciden en la caracterización que de los años setenta se hizo desde 1983 hasta nuestros días. Nuestro objetivo hoy es señalar algunas de aquellas construcciones de sentido que fueron dominantes en la agenda de cuestiones en los primeros años de democracia, prestando particular atención a los años de la transición, aún cuando muchos de los sentidos construidos en esos años hayan perdurado durante mucho tiempo más. Sobre el final, presentaremos algunas hipótesis en cuanto a la relación entre estos relatos y las producciones “académicas”.

Nuestro punto de partida es la clásica premisa de Croce según la cual “toda historia es historia contemporánea”, ya que es desde aquí que nos preguntamos de qué modos una sociedad se relaciona con su pasado atendiendo a la diversidad de sus presentes. Esto nos permite entonces indagar acerca de qué maneras fueron interpelados los setenta durante las décadas del 80 y 90, qué usos se le fue dando a ese pasado y con qué fines.

Nos centraremos entonces en tres interpretaciones que consideramos dominantes al interior de los relatos acerca del pasado setentista.

## **::1:: La fuerza de la idea de democracia**

Desde el momento en el cual comenzó la campaña política para dirimir las elecciones presidenciales que tendrían lugar en 1983, la democracia apareció como un valor incuestionable.

La fuerza que adquiriría el concepto provenía justamente de su par antitético, aquel al cual debía oponerse casi en todos sus componentes: la última dictadura militar. Si bien existen quienes postulan que la oposición era autoritarismo vs. democracia<sup>1</sup>, encontramos una coincidencia mayor con la afirmación de L. A. Romero cuando sostiene que la oposición fue con el *Proceso*<sup>2</sup>. Aunque el autor no abunda en explicaciones acerca de por qué se trataría de esta dictadura en particular y no de los autoritarismos en general la que abre la necesidad de construir un opuesto que la opaque, sus hipótesis nos dan el pie necesario para articular aquí la propia: se trató de oponer una idea refundacional de democracia a las vivencias de la última dictadura, diferentes en parte a todas las anteriores.

Como también señala Romero, esa imagen de barbarie y excesos se construyó entre Malvinas y las elecciones del 83, “y se terminó de definir, compacta y monolítica, a mediados de 1985, con el juicio y condena a las Juntas Militares”<sup>3</sup>.

Una imagen que, por otra parte, era a la vez heredera de la convulsión de los años previos a la instauración de esa dictadura, ya que había que explicar el pasado setentista en términos de guerra.<sup>4</sup>

La democracia fue revigorizada no por un súbito arrepentimiento de los actores sociales más relevantes que años atrás la habían supuestamente despreciado, sino porque el contexto histórico político se prestaba especialmente para ello: la sistemática violación durante 7 años de las libertades individuales, la desaparición de personas como práctica metódica, la crisis económica creciente y los demás hechos cometidos por una dictadura

---

<sup>1</sup> Existen una amplia gama de trabajos que abonan esta hipótesis, comenzando por el de M. Cavarozzi cuyo título es análogo y cuya primera edición data de 1983, pasando por otros que se inscriben en la misma línea como el de Rouquié, A. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981, hasta el reciente artículo de Cecilia Lesgart “Luchas por los sentidos del pasado y del presente. Notas sobre la reconsideración actual de los años 70 y 80” en Quiroga, H. y C. Tcach (comp.), *Argentina, 1976 – 2006*, Homo Sapiens, Rosario, 2006.

<sup>2</sup> ROMERO, L. A. “La democracia y la sombra del *Proceso*” en Quiroga, H. y C. Tcach (comps), op. Cit.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pág. 17

<sup>4</sup> No abundaremos aquí en la imagen de “guerra” que se consolidó como explicativa de lo ocurrido durante los años setenta en nuestro país. Sin embargo, baste señalar que dicha imagen comenzó a circular en el medio de esos años agitados y era además a la que circunscribían las organizaciones armadas más importantes. La teoría de los dos demonios, posterior, se basó en lo esencial en ese relato ya coagulado, con la novedad – no menor ni desdeñable – de que agregaba a la imagen de dos bandos opuestos iguales cuotas de maldad, salvajismo y excesos. La diferencia – tampoco ella menor – era que en el momento de afirmación de esta teoría ya se contaba con datos fehacientes del accionar ilimitado del terrorismo de Estado.

particularmente sangrienta y con pocos éxitos para ostentar en otros planos facilitaban su condena.

Para oponer una idea – fuerza tan importante como la de democracia a los años del Proceso, era necesario entonces intensificar con un relato totalizante y sin fisuras lo ocurrido en los años previos.

Se intentó mostrar entonces que todos los pasos dados por los dictadores habían sido previstos casi hasta el detalle, que los proyectos que llevaron adelante eran preconcebidos desde hacía largo tiempo y que, por ende, el único “error de cálculo” había sido la guerra de Malvinas.

Este relato tendió a crear afirmaciones monolíticas y poco cuestionadas, algunas de las cuales fueron mostrando su endeblez con el paso del tiempo.

El valor otorgado a la democracia en los tempranos 80 teñía entonces de un matiz escandaloso a las lecturas que en ese entonces se hacían de los 70. Así, aparecieron en primer plano algunos diagnósticos que 10 años atrás hubiesen sido impensados por poco relevantes: el vaciamiento de las instituciones, la debilidad de los regímenes políticos, la connivencia de los partidos. Todos estos denunciados como terribles males pero olvidando el contexto en el cual esos “problemas” se presentaban. Se han enunciado hasta el cansancio la serie de eventos históricos contemporáneos de las movilizaciones de los setenta – la revolución cubana, las protestas europeas de diverso cuño, la experiencia chilena, etc. – y sin embargo las lecturas realizadas volvían una y otra vez a señalar los conflictos al interior del sistema político y los modos de representación, como si se tratara de medir cuán lejos se encontraban las instituciones de aquellos años de los “modelos ideales” que había que seguir.

De este modo entonces, el opuesto a la democracia era sin lugar a dudas el “Proceso”, pero esto necesariamente llevaba a los estudiosos y a la sociedad en general a preguntarse por las causas de la implantación de tamaño “régimen del terror”, y entonces allí el análisis que se realizaba de los tempranos setenta mostraba las falencias de una democracia que no había sabido autosostenerse – la de los años 1973 – 1976 – y olvidaba con cierta facilidad las condiciones en las que esta democracia se había emplazado.

Pero los efectos no sólo influían en la mirada que se dirigía a los años previos a la dictadura, sino también, claro está, a la dictadura misma. Si como postula Romero “no hubo lugar para los grises (...) El demonio represor fue idealizado: se trató de un régimen

uno, homogéneo, casi abstracto”<sup>5</sup>, esa homogenización fue la que impidió durante un período bastante prolongado la existencia de análisis pormenorizados al interior de esos años que todos coincidían en caracterizar como “oscuros”. Algunas verdades se aceptaron como válidas sin demasiados cuestionamientos, como ejemplo de ello podemos citar uno clásico y bastante significativo: el supuesto objetivo del régimen militar de instaurar el neoliberalismo.

La condena a las armas iba de la mano entonces con otra condena: la de los partidos y agrupaciones que se suponía habían contribuido a instalar ese estado de guerra. El alfonsinismo no sólo construyó una fuerte idea de democracia sino que también asoció al peronismo con el uso de la violencia y con características antidemocráticas, sirviéndose para esto principalmente del pasado reciente setentista pero también de las imágenes difundidas con posterioridad al 55 y las que el propio peronismo se encargó de fomentar en la campaña<sup>6</sup>.

La democracia como valor incuestionable se tornaba particularmente visible en el discurso del radicalismo – cuyo candidato y luego presidente proclamaba que “con la democracia se come, se cura y se educa” – pero también el peronismo adhirió a esta premisa, más discursivamente que en las prácticas concretas. Al mismo tiempo, que esta renovada valoración de la democracia sirviera de fundamento para la campaña del radicalismo, es también indicador de una inversión en los modos sociales de concebir la política: si hasta el momento se había afirmado con tanta liviandad que la sociedad civil había apoyado la mayor parte de los golpes de estado que se habían sucedido en el país desde 1930, ahora parecía que esa misma sociedad reclamaba la puesta en funcionamiento de nuevas reglas del juego que excluían la posibilidad no sólo de la continuidad de un gobierno de facto sino también de la cooperación de civiles y militares en un mismo gobierno.

Si el discurso de Alfonsín tuvo una llegada y aceptación masivas, fue justamente porque la ciudadanía misma le otorgó a la democracia bondades antes menospreciadas.

Dos años después, en medio de una crisis todavía no incontrolable como lo sería luego, Alfonsín afirmaba en su discurso del 1º de diciembre de 1985: “Frente al fracaso y al estancamiento venimos a proponer hoy el camino de la modernización. Pero no lo queremos transitar sacrificando los valores permanentes de la ética. Afirmaremos que sólo

---

<sup>5</sup> Romero, L. A., op. Cit., pág. 20

<sup>6</sup> El más famoso de estos episodios es, sin lugar a dudas, aquel en que el candidato a gobernador por el peronismo en la provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias, quemó un ataúd que simbolizaba a la UCR.

la democracia hace posible la conjugación de ambas exigencias. Una democracia solidaria, participativa y eficaz, capaz de impulsar las energías, de poner en tensión las fuerzas acumuladas en la sociedad”<sup>7</sup>

En definitiva, la democracia, eje de la campaña del radicalismo pero también eje de las venideras políticas de gobierno, cobraba entonces un valor claramente disruptivo con el pasado que se intentaba conjurar, y teñía los relatos acerca del pasado reciente, cuyo uso fundamental residía ahora en mostrar la cara antitética de la Argentina que se intentaba construir.

## **::2:: El terrorismo de Estado como característica dominante del poder militar**

Enlazada a la lectura anterior, que hizo de la democracia una idea irrecusable como eje para la “refundación” del país, aparecía entonces la necesidad de demonizar a los protagonistas de la última dictadura. Si bien los errores cometidos por ésta habían sido muchos, también era tristemente cierto que los partidos políticos habían colaborado e incluso, en ocasiones, participado activamente en ella. Esas equivocaciones y otros vicios podían encontrarse entonces en múltiples organizaciones político partidarias e inclusive en anteriores gobiernos democráticos.

Lo que definitivamente no había ocurrido antes era la práctica sistemática del terrorismo de estado llevado a sus máximas – e inimaginables – consecuencias: el asesinato, secuestro, tortura y desaparición de personas, la apropiación y robo de bebés, la creación de numerosos centros clandestinos de detención eran hechos que la CONADEP había probado durante el año 1984 y que no dejaban de sorprender a una gran parte de la sociedad que, atónita, se escandalizaba por la magnitud y sistematicidad de estos hechos.

La cruel veracidad de lo que para muchos fueron “descubrimientos” o acontecimientos que habían preferido reprimir, sirvió claramente para oscurecer otros sucesos que quedaron fuera del análisis contemporáneo a la reinstauración de la democracia y que incluso debían ser ocultados: la movilización de los estudiantes, las resistencias obreras, las luchas juveniles en general cayeron bajo un manto de olvido; pero sobre todo, y quizás más importante aún, las ideas que impulsaban a esos jóvenes – y no tanto – revolucionarios, el fundamento mismo de la participación política, la alegre

---

<sup>7</sup> ALFONSIN, R. Discurso pronunciado el 1º de diciembre de 1985, también conocido como “Discurso de Parque Norte”. En Romero, L. A. y L. de Privitellio *Grandes discursos de la Historia Argentina*, Aguilar, Buenos Aires, 2000. Pág. 411

desmesura de las razones por las que luchar, quedaron silenciadas por años. Vacuada de sentido, como veremos más adelante, esa violencia se tornaba incomprensible.

Si la dictadura fue homologada a su práctica más aberrante y dominante – esto es, el terrorismo de estado –, esa construcción se realizó en los primeros años de la democracia y prevaleció ampliamente esta caracterización de los años del proceso. Al mismo tiempo, consolidó una agenda de problemas y debates posibles, sustentada además por el Juicio a las Juntas y los efectos que éste produjo socialmente. De allí en adelante, lo que había que comenzar a explicarse, era cómo había podido suceder aquello.

La estrategia de los organismos de derechos humanos fue coincidente con la del gobierno en sus efectos, aunque más ambiciosa en sus objetivos: ya que la finalidad era demostrar la culpabilidad, atrocidad y horrores cometidos, debía evitarse el tema de las responsabilidades de los militantes en general y de las organizaciones armadas en particular en la instalación del régimen del terror. Pero por sobre todas las cosas, la sociedad debía sostenerse en ese lugar de inocencia que se le tenía reservado aún desde los años de la dictadura, y tan bien graficado en la publicidad de la vaca que era comida por alimañas<sup>8</sup>.

Tampoco debe subestimarse el movimiento de denuncia que hizo eclosión con la democracia: durante la dictadura se había intentado llamar la atención de diferentes maneras sobre las desapariciones y las torturas. Sin embargo, el régimen había puesto especial empeño en ocultarlas o minimizarlas, y más allá del distinto grado de éxito que lograron en el exterior, todavía restaba la ardua tarea de “enterar” y concienciar a los connacionales.

Cabe señalar que si el golpe del 76 contó con visible anuencia y consenso sociales, el desprestigio con el que aparecía a todas luces en el 83 no provenía exclusivamente de las consecuencias de la guerra de Malvinas, que pronto se mostró como una iniciativa a todas luces absurda, sino sobre todo de la imagen que rápidamente se construyó del proceso entre principios de 1982 y fines de 1983<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> La publicidad rezaba: “Argentina, tierra de paz y de enormes riquezas. Argentina, bocado deseado por la subversión internacional que intentó debilitarla para poder dominarla. Fueron épocas tristes y de vacas flacas. Hasta que dijimos basta. Basta de despojo, de abuso y de vergüenza. Hoy vuelve la paz a nuestra tierra, y esa paz nos plantea un desafío, el de saber unirnos como hermanos en el esfuerzo de construir la Argentina que soñamos”

<sup>9</sup> Ya a fines de 1981 el descontento y malestar generalizados se hacía sentir con claridad. El 7 de noviembre de 1981 la tradicional movilización por San Cayetano se pobló de hombres y mujeres que reclamaban el fin de la dictadura y exigían la aparición con vida de los desaparecidos. El 30 de marzo de 1982 se realizó una concentración de trabajadores con movilizaciones en distintos puntos del país, cuya consigna principal era “se va a acabar la dictadura militar”

Malvinas había sido, en todo caso, otro episodio para poder exculpar a una sociedad que seguía creyéndose inocente: a pesar de haber vivido de a miles al gobierno militar en la Plaza de Mayo cuando se creía que la guerra podía ser ganada, el trabajo inmediatamente posterior fue el de criticar arduamente a una jerarquía de hombres sin conciencia que había mandado a la muerte a los jóvenes argentinos. Pero mientras las madres de esos jóvenes se unían a las madres de Plaza de Mayo en el reclamo por sus hijos, se les dio la espalda y se las trató de poco patriotas.

Repentinamente entonces, ese gobierno dictatorial se convirtió para todos, de una manera clara y distinta, en lo que hasta ese momento había sido sólo para algunos: un gobierno de facto que, haciendo uso del poder del Estado, desaparecía, mataba, torturaba y secuestraba personas hasta el límite de lo inimaginable. Desde allí en adelante, no pronunciarse en contra de la dictadura significaba cierta complicidad con lo ocurrido que debía ser exorcizada. No había lugar para los matices y fue así como el terrorismo de estado y sus prácticas se instalaron como caracterización hegemónica del último gobierno militar.

De este modo, además, la sociedad en su conjunto quedaba al margen de lo ocurrido como una espectadora inocente – la pobre vaca de la publicidad – que sin culpa alguna intentaba entender ahora las atrocidades reveladas.

Moralmente correcta, la sociedad condenaba las atrocidades a la par que consumía los productos de lo que fuera denominado “show del horror”, que ofrecía todo tipo de información sobre desaparecidos, centros clandestinos de detención, fosas comunes, etc.

En cuanto al “otro demonio” que habían colaborado a construir las políticas emanadas del Ejecutivo en los últimos meses de 1983 y el informe de la CONADEP de 1984, aquel caracterizado como “de extrema izquierda”, había también que silenciar lo ocurrido ya que, al estar colocado en un nivel de causalidad con una dictadura que ahora se revelaba sangrienta, podía condenarse de igual modo y con similares fundamentos. Ahora la sociedad argentina se revelaba pacífica y censuraba cualquier tipo de práctica violenta como si éstas hubiesen tenido lugar exclusivamente en la Argentina del siglo pasado. Un ejemplo de esto puede encontrarse en las consignas de muchos de los partidos de izquierda que, desde distintas posiciones del arco ideológico cuestionaban ampliamente el uso de las armas.

El testimonio de una sobreviviente lo grafica de la siguiente manera: “Nosotros tuvimos que ocultar nuestra condición de militantes políticos revolucionarios en los ámbitos internacionales, porque si habías torturado y secuestrado porque eras montonero,



estaba bien, pero si eras un chico de la Juventud Peronista no. Cuando tanto los que nos fuimos al exilio como los que estaban acá tuvimos que declarar en el Juicio a los Comandantes, tampoco podíamos plantearlo porque íbamos presos”<sup>10</sup>

Sin embargo, este relato había comenzado a construirse años antes, incluso antes de la instauración del último gobierno de facto, cuando la política comenzó a tomar los visos de la guerra. Tal como plantea Calveiro, “la agregación de lo político a lo militar, la concepción de lo político como extensión de lo militar – invirtiendo el postulado de Clausewitz – parece haber sido el rasgo distintivo de esa época y no se puede independizar de la *militarización del Estado* y el desplazamiento de sus funciones eminentemente políticas (...) Como consecuencia inmediata, *el Estado se confunde con las Fuerzas Armadas, la política aparece como guerra, los adversarios como enemigos*”<sup>11</sup>

El resaltar la existencia del terrorismo de Estado y sus atrocidades, tampoco era un objetivo menor el del movimiento de derechos humanos en los primeros años de democracia: la urgencia por esclarecer lo ocurrido durante los años de la dictadura estaba teñida también por la premura en no perder tiempo valioso que, se pensaba, quizás todavía podía aportar información valiosa sobre paraderos, secuestros y muertes. Al mismo tiempo, por la posición adoptada por la sociedad, de condena de la violencia en todas sus formas, y su disposición a condenar los “excesos” de la dictadura, era prudente – e insistimos: necesario – embanderarse tras la consigna de esclarecimiento, juicio y castigo de lo ocurrido. Más allá de las diferencias internas, había unanimidad al interior de los organismos que, de este modo, contaban con el apoyo de la sociedad y podían demandar con mayor fuerza algo que también exigía urgencia: la puesta en funcionamiento de una nueva justicia que garantizara el castigo de los culpables<sup>12</sup>.

La dictadura quedó entonces homologada a la lucha contra la “subversión” con los métodos ya descriptos, dejando entonces por fuera el análisis de los variados y pretensivos objetivos que en realidad ésta se había fijado como metas y que, en gran parte, también había logrado cumplir. Sus propios protagonistas contribuyeron a fomentar esta idea, ya que frente a la incapacidad manifiesta de pactar y/o condicionar los términos de la transición, no pudieron imponer políticas de perdón u olvido que relegaran el tema, y

---

<sup>10</sup> DALEO, G. “Nosotros, además, somos testigos...” entrevista en revista *Milenio*, Nº 5, marzo de 2001, Citada en LONGONI, A. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires, Norma, 2007, pág. 26

<sup>11</sup> CALVEIRO, P. *Violencia y/o política*, Buenos Aires, Norma, 2005, pág. 45 (el resaltado es del original)

<sup>12</sup> Para este tema en particular, puede consultarse el artículo de E. Jelín, “La política de la memoria: el Movimiento de Derechos Humanos y la construcción democrática en la Argentina” en AAVV, *Juicio, castigos y memorias. Derechos Humanos y justicia en la política argentina*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1995

frente a los embates repetidos terminaron arrogándose, como único “éxito” visible, el “aniquilamiento de la guerrilla”. Muestra de esto es el inequívoco título de uno de los últimos documentos elaborados por el poder militar para dar cuenta de sus actos, llamado “Documento final de la guerra contra la subversión y el terrorismo”

Aún hoy, quienes defienden ampliamente las acciones emprendidas por la última dictadura, se detienen particularmente en desmentir el número (e incluso la existencia) de los desaparecidos, en relativizar los crímenes perpetrados y, sobre todo, en seguir planteando la situación de aquellos años en términos de guerra, dando lugar así a una justificación que, según ellos, debiera ser evidente para todos: que los “excesos” de los militares fueron necesarios y a la vez una reacción a ataques previos recibidos por las fuerzas de seguridad<sup>13</sup>.

### **::3:: Algunos temas dominantes en las miradas sobre la militancia setentista**

La victimización de los militantes de los setenta ocurrida en los ochenta fue el paso necesario y paralelo a la construcción de la idea de democracia y a la demonización de la dictadura. Sin embargo, otra causa del éxito de esos relatos, además de las ya mencionadas, fue la postura misma de las víctimas del terrorismo, con poco margen de acción en la coyuntura de los primeros años democráticos. Pero al mismo tiempo, los efectos fueron vastos y de largo alcance, configurando así un campo de sentidos posibles y de parámetros según los cuales evaluar, medir, analizar e incluso conocer la experiencia vivida por esos hombres y mujeres a lo largo de toda la década del setenta.

Es nuestro interés señalar aquí algunos de los tópicos más relevantes. Tomaremos entonces los siguientes: la caracterización de las prácticas militantes como esencialmente violentas; la figura del sobreviviente como traidor y, por último, la idea del militante inocente y manipulado por altas jerarquías, es decir, la figura del “perejil”.

#### *a) La política “violenta” o la violencia sin política*

Un tema sobre el cual casi no se escucharon voces disidentes fue el de la violencia política. Difícilmente podrían haber aparecido esas voces en tanto esa violencia, efectivamente, se había hecho presente día a día desde los tardíos sesentas y durante todos los setentas, de diversas maneras y ejercida por diferentes grupos.

---

<sup>13</sup> Además de las opiniones sostenidas hoy en día, que pueden consultarse en [www.memoriacompleta.com.ar](http://www.memoriacompleta.com.ar), también pueden leerse algunas de las opiniones sostenidas por las cúpulas militares en los siguientes libros: CAMPS, R. *El poder en las sombras: el affaire Graiver*, Roca Producciones, Buenos Aires, 1983; DIAZ BESSONE, R. *Guerra revolucionaria en la Argentina*, Buenos Aires, 1987, entre otros.

El “Nunca más” lo afirmaba claramente en su prólogo<sup>14</sup>, y de este modo daba cuerpo y texto al relato con mayor consenso social en ese momento. Ese consenso provenía, además, de vivencias particulares que atravesaban casi por completo a la sociedad en su conjunto.

Era la misma violencia que en ocasiones había sido “festejada” o incluso aplaudida: la que produjo la satisfacción de muchos en momentos tales como de la muerte de Aramburu, el asesinato de Villar o incluso de algunos sindicalistas. No es este el lugar para analizar las consecuencias aparejadas por el divorcio entre el volátil y difícilmente aprehensible “sentir popular” y las acciones de las organizaciones armadas, pero baste señalar que esa sociedad que en 1973 seguía aplaudiendo algunos de los “hechos violentos” era la misma que dos años después se horrorizaba por esos mismos actos y clamaba por un coto urgente hacia ellos. Ese sentimiento se generalizó a partir del advenimiento de la democracia, reafirmado en gran medida por los relatos que aquí mencionamos, y un número importante de los votos radicales se consiguieron gracias a la correcta lectura que en esta dirección hizo tanto Alfonsín como quienes diagramaron su campaña.

Sin embargo, dos preguntas se encontraban ausentes y permitían, por ende, la proliferación de furibundos diagnósticos condenatorios: la primera de ellas, la que debía interrogar al contexto histórico mundial y latinoamericano en el cual se habían desenvuelto las acciones armadas. La segunda, quizás más esencial, es si podía concebirse algún otro modo de intentar una revolución que no fuese violento.

Mostrar la existencia del terrorismo de estado y la radicalidad de su accionar, un hecho política y socialmente necesario, y las medidas tomadas por el Ejecutivo tendientes a demostrarla<sup>15</sup>, habían conseguido al mismo tiempo oscurecer la dimensión política de los sucesos previos a la dictadura.

---

<sup>14</sup> Allí podía leerse “Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda...”

<sup>15</sup> Como han afirmado una innumerable cantidad de estudios sobre la transición democrática, en nuestro país las políticas tendientes a establecer y juzgar lo ocurrido durante los años de la dictadura tuvieron el efecto de construir dos grupos contendientes igualmente violentos y “extremos” en su accionar. Esto se plasmó en los decretos simultáneos que ordenaban, por un lado, el enjuiciamiento de las cúpulas militares y, por otro, el de los principales jefes guerrilleros que permanecían con vida. No obstante, coincidimos con la idea de Lefranc cuando postula que “estos decretos pueden incluso interpretarse como un paso más allá de la afirmación de equivalencia, ya que imputan la responsabilidad inicial de la “época de enfrentamientos” a los grupos armados de extrema izquierda que, junto con sus enemigos, representan “intereses exteriores que escogieron nuestro país para medir sus fuerzas” en LEFRANC, S. *Políticas del perdón*. Madrid, Ediciones Cátedra, 2004, pág. 35

Vaciada de los ideales movilizados de entonces, la violencia quedaba como una acción fútil y sin sentido que debía condenarse ampliamente, y la política a la vez también condenada en tanto se “contaminaba” con la violencia. Los relatos posteriores al 83 sancionaban esos hechos y, al mismo tiempo, postulaban nuevos modos de hacer política, más parecidos a las social democracias europeas<sup>16</sup>. No desconocemos lúcidos análisis que postulan que, al menos en Montoneros, lo que existía era una *ausencia* de política<sup>17</sup>. Más allá de lo discutible de esta afirmación, cuando nos referimos a una mirada de la violencia que la ahueca de ideas e ideales, estamos pensando en quienes han presentado a las prácticas violentas como sin sentido más allá de la violencia misma. Que esto haya terminado siendo así en algún momento es algo que todavía debe someterse a discusión.

#### *b) La figura del traidor*

Cuando comenzamos a pensar en esta ponencia, que forma parte de un conjunto más amplio de preocupaciones, una de las temáticas que recurrentemente aparecía como digna de ser analizada era la imposibilidad manifiesta de muchos sobrevivientes otrora víctimas del terrorismo estatal en contar su propia historia por fuera de los ámbitos jurídicos instrumentados a tal fin. Las hipótesis que manejábamos para explicar tal ausencia eran varias: las condiciones de audibilidad, los tiempos sociales y subjetivos de las memorias, la mirada social condenatoria de la militancia armada. Pero también aparecía asiduamente la problemática de la traición: muchos sobrevivientes eran tildados de “traidores” por numerosos compañeros o amigos por el sólo hecho de haber sobrevivido. El “algo habrán hecho” se trasladaba casi sin fisuras a este otro espacio discursivo en el cual se condenaba implícita o explícitamente la sobrevivencia y se la explicaba por espurios tratos con los carceleros o torturadores.

En los últimos meses ha aparecido un libro que trabaja esta temática con un abordaje claro e inteligente, y es por esto que no nos detendremos particularmente en este punto que Ana Longoni ha desarrollado in extenso<sup>18</sup>, no obstante lo cual nos resultaba imprescindible hacer una mención al tema.

También Pilar Calveiro ha hecho alusión a esta problemática. Hace unos años afirmaba: “El sujeto que se evade del campo es, antes que héroe, sospechoso. Ha sido

---

<sup>16</sup> Graciela Daleo, sobreviviente de la ESMA, afirmaba en una entrevista “...del 84 en adelante la cultura posmoderna planteó todo el tiempo que lo bueno era el no conflicto” DALEO, G. Op. Cit., p. 109. Citada en LONGONI, A. Op. Cit. pág. 32

<sup>17</sup> CALVEIRO, P. Op. Cit.

<sup>18</sup> LONGONI, A. Op. Cit.

contaminado por el contacto con el Otro y su sobrevivencia desconcierta (...). Transita en una zona vaga de incredibilidad.”<sup>19</sup>

Nos resulta singularmente interesante y sugerente una de las hipótesis que sostiene Longoni acerca de la imposibilidad de escuchar ciertos testimonios de sobrevivientes y la necesidad de ubicarlos como traidores en numerosos casos: la autora sostiene que en ocasiones no se han podido escuchar sus relatos porque caen por fuera de la mitología sobre el pasado setentista que ubicaba a los militantes o bien como héroes o bien como mártires.

Esta hipótesis, que compartimos, muestra una vez más la intrincada relación entre pasado y presente, entre los relatos construidos acerca del pasado y el campo de los decires posibles que ellos van configurando.

*c) Ni héroes ni mártires: perejiles*

Si la literatura y las consignas de la época le inculcaban al militante un mandato sacrificial según el cual debía luchar heroicamente a fin de inscribir su nombre en los annales de la revolución por venir, como ya hemos señalado los relatos post democracia realizaron un camino de efectos inversos: la narración producida como resultado del accionar jurídico tendió a victimizar a esos mismos militantes a fin de poder demostrar cabalmente los alcances y la magnitud del terrorismo de estado. El relato reivindicatorio de la mayoría de las agrupaciones de derechos humanos, además de coincidir en los inicios con esta mirada que los situaba como víctimas inocentes y absolutas, en ocasiones los nombró como mártires que habían dado la vida por sus ideales, ideales de un mundo mejor – sin mencionar siquiera los modos en que se planteaba la consecución de este mundo.

De este modo, los militantes setentistas quedaban atrapados en muchas ocasiones entre dos caracterizaciones opuestas e igualmente paralizantes: o se trataba de héroes que habían dado la vida por la revolución o un mundo mejor (la palabra “revolución” no era siempre del todo bienvenida), o se trataba de víctimas de un terrorismo sin parangón.<sup>20</sup>

---

<sup>19</sup> CALVEIRO, P. *Poder y desaparición*. Buenos Aires, Colihue, 1998, pág. 130

<sup>20</sup> Existe una innumerable cantidad de bibliografía en uno y otro sentido. Para la visión de los militantes como héroes, algunos de los títulos son JAURETCHE, E. *No dejes que te la cuenten*. Buenos Aires, Colihue, 1997; CHAVES Y LEWINGER, *Los del 73. Memoria Montonera*. Buenos Aires, Campana de Palo, 1998. Para la visión de los militantes como víctimas del terrorismo de Estado, además del extenso material autobiográfico, pueden consultarse algunos testimonios aparecidos en ANGUITA y CAPARROS, *La voluntad*, Tres tomos, Norma, 1997; MANTARAS, M. *Genocidio en Argentina*, Buenos Aires, Ediciones EA., ACTIS, Munú et. al *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Sin embargo, algunas de las voces – por supuesto no todas, pero sí un gran número de ellas – que comenzaron a hacerse audibles o a contar sus vivencias fuera de estos cánones, no se situaron únicamente a uno u otro lado del espectro. Muchos pudieron pensar críticamente la experiencia de la lucha revolucionaria, revisando aciertos y errores y dando su visión de lo ocurrido. Muchos de los testimonios recogidos forman parte de este conjunto<sup>21</sup>. Pero además de la suscripción de alguno de estos tópicos, recurrentemente aparecía uno nuevo, más pesquizable en el “sentido común” que en los relatos testimoniales: el que popular y coloquialmente se dio a conocer bajo el nombre de “perejiles”.

Feinmann lo explicaba gráficamente en uno de sus libros: “Supongo que nadie ignorará el tipo de frases que se pronuncian sobre ellos. Se dice, por ejemplo: “la mayoría de los desaparecidos eran perejiles”. Se dice: “los que pusieron el cuerpo fueron los perejiles”. Se dice: “Fulano no había hecho nada, era un perejil”. La imagen que va tomando forma es la de una especie de seres cándidos, manipulados, inofensivos, jamones del sándwich, atrapados entre el mesianismo de la dirigencia guerrillera y la impiedad absoluta del Ejército represor”<sup>22</sup>

La imposibilidad de explicar cabalmente la movilización de enormes masas de jóvenes en pocos años en agrupaciones que habían adoptado la lucha armada como modo de intervenir políticamente sólo puede conjurarse, para muchos, mediante el argumento de la inocencia de pobres muchachos que, sin saber bien qué estaban haciendo, eran llevados a la muerte como los terneros al matadero. No se trata de restar responsabilidad a las cúpulas de las organizaciones en los hechos acontecidos, pero tampoco es posible escribir una historia en donde los sujetos protagonistas que la hicieron queden reducidos al triste papel de títeres o marionetas manejados por otros. Tampoco restamos valor a quienes seguramente se sintieron de ese modo, pero impugnamos la generalización de esta idea a la totalidad de los militantes de aquellos años.

En el caso de Montoneros esta lectura se hace aún más visible por dos motivos: en primer lugar, por la supervivencia en el exilio de la mayoría de sus líderes. Y en segundo lugar, porque gracias a eso pudieron seguir dirigiendo los destinos de una organización

---

<sup>21</sup> Por citar sólo dos ejemplos, las entrevistas realizadas por Marta Diana y publicadas en su libro *Mujeres guerrilleras* (Planeta, 1997), o el temprano libro de E. El Kadri y J. Rulli, *Diálogos en el exilio*, Buenos Aires, Foro Sur, 1984. Este tipo de postura crítica dispuesta a repensar lo ocurrido en los años setenta ha tomado mayor cuerpo en los últimos años, y como ejemplo de esto pueden citarse los libros de Hugo Vezzetti (*Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002

<sup>22</sup> FEINMANN, J. P. *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*. Buenos Aires, Ariel, 1998, pág 99

cada vez más diezmada pero todavía activa. Las dos contraofensivas fueron un manifiesto ejemplo de esto y también, claro está, de la idea de una manipulación burda. No se trata de apoyar o no la cuestionable postura de los dirigentes montoneros que afirmaban que era factible la contraofensiva, sino de preguntarnos acerca de las condiciones en las que aquellos militantes siguieron creyendo que esto era cierto<sup>23</sup>.

De este modo, algunos sentidos o consensos tácitos al caracterizar e interrogar la militancia setentista, contribuyeron a velar otros sentidos posibles a los cuales les suponemos – entre otras razones debido a que en la actualidad ya están siendo investigados – una mayor fuerza explicativa de un fenómeno que todavía hoy sigue sin encontrar una cabal explicación: la movilización de masas predominantemente juveniles que optaron por la lucha armada.

## **:: CONCLUSIONES**

La construcción de un pasado dictatorial sin fisuras fue necesario para construir una idea de democracia opuesta en todos sus aspectos, a la vez garante de los objetivos básicos del gobierno.

El relato sobre los años setenta en términos de guerra y la caracterización de la dictadura casi exclusivamente como el ejercicio indiscriminado del terrorismo de Estado se construyó en base a una confluencia de intereses, opiniones y narraciones. Contribuyeron, desde distintas ópticas, tanto el poder militar en retirada como los partidos políticos, el gobierno alfonsinista, las agrupaciones de derechos humanos y muchos de los militantes sobrevivientes. Homologar la última dictadura al terrorismo de estado fue el movimiento que puso en primer plano una nueva categoría en la sociedad argentina: la de la violación de los derechos humanos y, por ende, los derechos humanos mismos.

Los modos de caracterizar y pensar a la militancia de aquellos años no solo contribuyó a pintar una imagen particular de la política sino que también configuró un campo de posibilidades en la escucha y en el decir, organizando una agenda de cosas que podían ser dichas y otro gran campo de problemas que era preferible no mencionar.

---

<sup>23</sup> Son muchas las referencias bibliográficas en las cuales, explícita o implícitamente, se caracteriza a la mayoría de los jóvenes que participaron de organizaciones armadas, particularmente de Montoneros, como “perejiles” o bien sujetos sin poder de decisión, conciencia o inteligencia, a merced de una “banda” de líderes especuladores que los condujeron irresponsablemente a la muerte. Entre ellos, enumeraremos sólo algunos: GIUSSANI, P. *Montoneros, la soberbia armada*, Sudamericana/Planeta, 1984; ROBLES, A. *Perejiles. Los otros Montoneros*, Bs. As., Colihue, 2004; ZUKER, C. *El tren de la victoria. Una saga familiar*, Bs. As., Sudamericana, 2003, y otros.

A la historia le tomó cierto tiempo interesarse por indagar acerca del pasado reciente argentino. Las razones no sólo tenían que ver con las dinámicas propias de los proyectos de investigación y los intereses previos: respondían también a que muchos intelectuales se vieron involucrados directamente en aquella experiencia – un tópico que aún resta investigar más a fondo es justamente la relación entre los intelectuales de los 80 y 90 y la política de los 70 que los tuvo como protagonistas.

Oscar Terán afirmaba “Para los contemporáneos y participantes de esos hechos se trata de cuestiones existencialmente difíciles de asumir. Conozco algunos textos de gente que ha escrito en clave testimonial, pero que no está dispuesta a publicarlos por distintos motivos. No es sencillo tratar de dar cuenta de las propias barbaries, y éste es un tema muy delicado, sobre todo cuando no hay un equivalente del otro lado”<sup>24</sup>

Hilda Sabato, interrogada también por su opinión acerca de la carencia de trabajos consistentes sobre el período de la dictadura, contestaba: “No tengo una explicación acerca de por qué esto es así, aunque sí tengo una justificación autobiográfica (...) En lo personal, tengo una dificultad para mirar ese período, no sólo como historiadora, sino como intelectual, como una persona con intereses políticos y hasta como simple argentina, a punto tal que hay varios libros sobre ese período que no puedo leer. Quizás la generación que sigue a la nuestra pueda encarar esa exploración con preguntas que estén un poco más despegadas de la experiencia personal”<sup>25</sup>

Algo de esto se viene realizando desde hace ya tiempo, al menos una década, y sus resultados son cada vez más importantes. Sin embargo, aún resta realizar un arduo trabajo de deconstrucción de los relatos existentes y predominantes para poder indagar al interior de ellos, incluso acabando con las visiones monolíticas que homogenizan períodos ricos en cambios y contradicciones, como los setenta mismos.

Algunas de las producciones recientes avanzan en esa dirección y han obtenido resultados promisorios<sup>26</sup>.

Sin embargo, no queremos dejar de señalar algo más en relación a los relatos acerca del pasado reciente construidos en los primeros años de democracia y que nos propusimos analizar hoy: todos intentaron – y en ocasiones lograron exitosamente – constituir un corte

---

<sup>24</sup> Entrevista realizada a O. Terán en HORA, R. y J. Trímboli, *Pensar la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1994, pág. 72

<sup>25</sup> ibidem, pág. 103

<sup>26</sup> Como ejemplo de ello, podemos citar las investigaciones dirigidas por A. Pucciarelli, algunos de cuyos resultados fueron publicados en un libro de su coordinación, *Empresarios, tecnócratas y militares*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004. También los trabajos, algunos de ellos inéditos, de Daniel Llvovich y Gabriela Aguila en relación a la dictadura, y otros muchos de jóvenes investigadores con la mirada puesta en los años previos a ella, tales como los de Vera Carnovale.



disruptivo con el pasado. Sin duda, en muchos aspectos el éxito se debió a que efectivamente existió ese corte. La democracia naciente, con todos sus vicios, errores y defectos y las prácticas que en su marco se desarrollaban, eran radicalmente diferentes de las acontecidas en los años de la dictadura militar e incluso en los años previos a su instauración. Sin embargo, el relato totalizante que oponía democracia a dictadura (la última, por sobre todo) como dos entidades cerradas en sí mismas, homogéneas y exentas de contradicciones impidió advertir que muchos de los problemas del gobierno alfonsinista no tenían una causa exclusiva en las dificultades del radicalismo en dirigir el país o en las (in)capacidades del presidente. Los lazos con el pasado habían sido cortados tan furibundamente que resultaba extremadamente difícil pensar en términos de continuidades algunos de los problemas más graves que aquejaban al país, por ejemplo en el plano económico.

La oposición, con el peronismo a la cabeza, supo servirse de estos relatos sobre el pasado para cuestionar ampliamente las capacidades gobernantes del radicalismo, e incluso supieron hacer uso de la invisibilización de otras problemáticas importantes a causa de la prevalencia del terrorismo de estado como sinónimo de aquellos años.

En este sentido, los efectos de los usos de los relatos sobre el pasado construidos en los 80 y los 90 demostraron su actualidad y presencia de un modo implacable en los sucesos de 2001. Porque a la par del famoso – y nunca del todo entendible – grito que postulaba “que se vayan todos”, otro rumor menos evidente pero no por ello menos efectivo circulaba en el país: que los radicales, una vez más, habían demostrado que no podían gobernar.

Son muchos los análisis que ya se han producido – y se siguen produciendo – sobre la crisis de 2001 en nuestro país, y claramente no es hacer uno de ellos el objetivo de esta ponencia. Sin embargo, es nuestra intención volver al punto que mencionábamos en el inicio: los relatos que una sociedad construye acerca de su pasado y los usos que se hacen de ellos, configuran modos posibles de pensar el presente.